

XXXVI

Urdíase una de estas conjuraciones contra Baraiktar, arrastrando á los amigos mas adictos á la monarquía de Othman, cuando una temeridad culpable, si no era un simple desafío al pueblo, acabó de preparar la pérdida de un visir que parecia amenazar á su amo. Los khans de Crimea, de raza tártara, son la única rama de la familia de los emperadores otomanos que puede ser llamada al trono, si llegase á concluir algun día en Constantinopla la sangre imperial. Saim-Gherai, vasallo del imperio y último khan de la Crimea, estaba refugiado cerca de la capital. En los momentos en que los murmullos de la ciudad y serrallo se levantaban con mas fuerza contra el insolente visir, á quien se acusaba de querer mandar mas que el sultan, Baraiktar, como para desafiar á la opinion, ó manifestar al serrallo que podia en caso necesario prescindir de un niño sagrado, envió solemnemente presentes casi régios al heredero eventual del trono, Saim-Gherai, descen-

diente de Gengis-Khan. Parecia revelar así un protector para él y un amo para el imperio.

XXXVII

Tanta temeridad exasperó al serrallo y antiguos musulmanes y anudó completamente los hilos diseminados de una conspiracion que buscaba en vano hacia algun tiempo un centro comun donde reunirse. Los conjurados expidieron agentes secretos á las montañas de la Rumelia que separan la Albania de la Bulgaria, para escitar á los montañeses de aquellos Alpes á comenzar de nuevo sus incursiones en la Turquía de Europa, amenazando principalmente los alrededores de Rustschuk. Decidieron á un aga de Filipopolis, ciudad importante á orillas del Rodopo, hombre célebre por su valor y pillages á ponerse á la cabeza de los montañeses formando con ellos un núcleo de ejército insurreccional.

No sospechando el gran visir las connivencias de la capital con aquella insurreccion y avergonzado de ver su propia ciudad y provincia saqueadas por una banda de facinerosos, destacó de su ejército,

acampado en Constantinopla, un cuerpo de seis mil hombres para que fuesen á castigar á los insurgentes. Mola-Aga fué batido, pero volvió á presentarse muy pronto en la provincia de Rustschuk, á la cabeza de nuevas bandas. Cayendo una segunda vez Baraiktar en el lazo que le tendian, debilitó su ejército separando nuevos destacamentos, de manera que de diez y seis mil hombres quedó reducido á la entrada del invierno á unos seis mil. Era muy poco para sostener un mando cada día mas odioso en la capital. Baraiktar podia aumentarle, mas no pensó en ello y en vez de organizar y pagar las tropas necesarias para su seguridad y el cumplimiento de sus planes, prodigó el tesoro del Estado á sus criaturas. Mas hizo; confiando demasiado en las promesas que los bajás y gobernadores de las provincias vecinas le habian hecho de tener sus tropas á su disposicion, hizo levantar las tiendas de su campamento de Daoud-Bajá y dispersó sus seis mil hombres en las casas de los habitantes de Constantinopla.

Los cuerpos nuevos que, apénas organizados eran despreciados, escitaban mas bien que contenian cualquier trastorno; los robustos hijos de los montes Hemo y Tauro, de las montañas de la Quimera y del Pindo, que de ordinario reclutaban los guardias particulares del bajá, se hubieran avergonzado de

incorporarse en aquella milicia, la hez de una capital, y que les exigia el sacrificio de su libertad, traje y armas. Acababa de comenzar el mes de Ramadhan, época en que durante treinta dias el ayuno, la actividad, las predicaciones y el fanatismo predisponen á los musulmanes á las mas peligrosas sediciones; las noches reemplazan á los dias; reúnen en cuanto se pone el sol en los patios de las mezquitas, cementerios, plazas públicas, cafés, etc., para escuchar á oradores ambulantes ó pregoneros públicos que son en Oriente lo que los periódicos en Europa. Hablan con gran libertad de los sucesos del dia, de los negocios públicos, de los ministros y del mismo sultan; son otros tantos focos febriles de la opinion, tanto mas osada allí cuanto que se escuda con la religion, y por lo tanto es ménos perceptible para la policía del gobierno. Pintábase al bajá de Rustschuk como un giaour, cuya sangre infiel descendia de origen cristiano, como un hombre osado, ávido, á la vez protector y opresor de su amo, mil veces peor que los ministros de Selim III de cuyo yugo Cabatchi-Oghli, ahora llorado, habia librado á los Osmanlis. Aquellos rumores nocturnos fanatizaban de tal manera al pueblo bajo, que en todos los baños y alrededor de todas las fuentes se oia predicar á gritos que era preciso deshacerse de aquel *perro in-*

fiel, y que los mismos carteles espuestos en las puertas de su palacio anunciaban la insurreccion y la venganza del pueblo para las fiestas del Beiran, al finalizar el Ramadhan.

XXVIII

Los consejeros íntimos de Baraiktar le suplicaban que estudiase aquellos síntomas, abandonase Constantinopla, condujese á Andrinópolis al jóven sultan Mahmoud y al sultan Mustafá IV, su prisionero, que desatendiese las insurrecciones de la Rumelia y reuniese á sus inmediatas órdenes sus tropas personales; en fin que reclutase al ejército licenciado despues de su triunfo, marchando luego con grandes fuerzas sobre Constantinopla por el mismo camino que le habia llevado la primera vez la victoria, arastrando en pos de sí á los dos sultanes, como garantía de la obediencia de los Osmanlis.

Baraiktar desdeñaba aquellas precauciones y temores; el ejemplo de Cabatchi-Oghli, que habia contenido, sublevado y calmado á su antojo la capital, sin otro apoyo que algunos centenares de asiáticos

indisciplinados, le habia persuadido que sus seis mil albaneses eran mas que suficientes para reprimir una ciudad cansada de sediciones y dividida en facciones contrarias; mas el bajá de Rustschuk olvidaba que Cabatchi-Oghli disponia del pueblo y que la popularidad vale diez ejércitos. Afectó pues mas audacia y seguridad que nunca, creyendo responder con su insolencia anticipadamente á la sedicion.

XXXIX

Un dia cada año hace el gran visir una visita oficial al muftí, como para manifestar la deferencia que tiene el poder civil con la autoridad religiosa. Esta vez no llevaba mas que una escolta de doscientos albaneses; ya sea curiosidad, ya premeditacion, inundaba una inmensa multitud las calles y plazas inmediatas á su palacio, revelando cierta disposicion al motin, bastante agitacion, las fluctuaciones del pueblo y sus murmuraciones. Mustafá-Baraiktar conoció el peligro, mas desafiándole con la intrepidez del soldado y la brutalidad del salvaje, no volvió la brida de su caballo, como los jefes de su escolta se

lo aconsejaban, para refugiarse en los patios de su palacio. Escitándole por el contrario la insolencia de los grupos y los peligros que podía correr, mandó á sus albaneses que separasen la multitud con sus caballos y le abriesen paso á la fuerza. Sus soldados, medio salvajes y poco acostumbrados á las consideraciones que los mismos genizaros tenían con el pueblo en los dias de fiesta, pegaron á derecha é izquierda con el puño de su látigo ó el plano de sus sables á los hombres, mujeres y niños que obstruían el camino. La multitud obediente, aunque indignada, se dispersó llena de espanto ántes que pasase el bajá, el cual no encontró á la ida y á la vuelta más que soledad y silencio.'

El pueblo que los albaneses dispersaron se refugió inmediatamente en los cafés y barrios inmediatos, donde los hombres y mujeres á quienes alcanzó el hierro ó látigo de la escolta, dirigian las mas amargas quejas á los genizaros que allí encontraban. Aprovechándose estos de la emocion del pueblo y escitándole á su vez en su favor contra el ministro, irritaban mas con sus palabras á la multitud.

« Eso es lo que habeis merecido abandonándonos; « un vil jefe de facinerosos de las fronteras es hoy el « amo del sultan y el verdugo de los Osmanlis. Para « destruir á la vez las dos columnas de este imperio,

« la religion y las leyes, proscribe á los ulemas y genizaros. Decidámonos á confundir á ese puñado de « saqueadores y asesinos que le sostienen. Solo por « nuestra cobardía tienen fuerza é insolencia; solo « por nuestra desunion nos dominan y desprecian. « Unámonos pues, musulmanes y genizaros, pueblo « y soldados, obliguemos al aga de nuestra milicia á « marchar á nuestra frente contra el palacio del visir. « Dios y el Profeta nos asistirán. »

XL

A estos discursos, á los clamores de las mujeres, llanto de los niños, ayes de los heridos, una inmensa multitud corrió de todos los barrios hácia el palacio del aga de los genizaros, donde ya estaban reunidos los jefes de la sedición y los ulemas, que habian previsto aquel movimiento. Decidióse que numerosos destacamentos de genizaros sorprenderian y atacarían uno á uno á los soldados del gran visir, á quienes habia dispersado imprudentemente, segun queda dicho, en los diferentes barrios de la ciudad; una columna de seis mil hombres armados marcha-

ria contra el palacio de Baraiktar, y una imponente reserva, sirviendo de núcleo y punto de reunión á todas las insurrecciones que iban á promoverse, acamparía delante del palacio del aga de los genizaros para reforzar oportunamente los puntos de la capital donde venciese ó se prolongase la resistencia de los albaneses.

La presencia de los ulemas, la voz respetada de los imanes, el concurso de los jefes, la cólera del pueblo, la venganza largo tiempo concentrada de los soldados, dieron gran uniformidad y un movimiento irresistible á aquella explosion. Sorprendidos al mismo tiempo los albaneses de Baraiktar en sus alojamientos, fueron inmolados sin defensa ó tuvieron que salir al campo.

En ninguna parte se notaba lucha entre el pueblo y los soldados. El palacio del gran visir y los patios del mismo, ocupados por sus guardias, eran la única fortaleza delante de la cual se detuvo la sedicion. Una columna de genizaros, dirigida, segun se dice por los ulemas, reunió en los barrios vecinos del palacio que estaban al abrigo de la metralla y de la fusilería, grandes hogueras cuyas llamas llevó el viento de la Propóntide á las casas inmediatas de aquel serrallo. En algunos instantes aquel barrio, construido de madera, no fué mas que un mar de llamas.

XLI

Entretanto el imprudente visir, tranquilizado por la soledad y silencio de las calles, se habia retirado sin la menor preocupacion á su serrallo, y despues de un gran festin, dormia profundamente en los brazos de su favorita y bajo la custodia de su eunuco. Los rumores de la ciudad, las luchas párciales, el tumulto de los patios, y el ruido de las armas penetraban apenas en la residencia de sus delicias y de su reposo. La embriaguez y la voluptuosidad habian espesado su sueño de tal manera que costó mucho á los eunucos despertarle.

Su emocion fué terrible. Un cielo de fuego cubria su palacio. Los silbidos de las llamas, la horrible caída de las murallas, los gritos desesperados de sus guardias y esclavos que evitando la agonía de las brasas morian bajo los sables de los genizaros, el inmenso bramido del pueblo que subia de todos los barrios como el ruido de una tempestad hácia aquel elevado sitio, en fin los clamores de victoria y alegría de los que degollaban á sus mujeres, á sus es-

clavos, á sus guardias, los saltos y relínchos de doscientos caballos abandonados por sus ginetes y huyendo desbocados de las llamas que comenzaban á devorarlos, todo anunciaba al bajá una muerte inevitable. Una tentativa desesperada era su única salvacion: reunir un grupo de sus mas arrojados servidores y abrirse paso, sable en mano, hasta el serallo ó una de las puertas de la ciudad. En los momentos en que se armaba para ejecutar aquella salida, colocando á su esclava favorita, su compañera de lecho, sus eunucos y algunos pajes depositarios de sus tesoros, en medio del grupo que iba á conducir al combate, una hoguera de ruinas de casas, tablas y maderos medio calcinados, construida por los genízaros delante de la puerta, levantó sus llamas por encima de sus murallas y le obligó á refugiarse en el interior del palacio. Cada uno de los suyos buscó entónces al acaso su pérdida ó salvacion en la huida; pero contando el bajá de Rustschuk con el ejército, cuya completa dispersion ignoraba, y no dudando que vendria á salvarle despues del incendio, no hizo mas que guarecerse de las llamas y balas que le rodeaban; ganar tiempo sobre la sedicion era vencerla.

En la extremidad de una de las salas de su palacio de madera habia una torre de piedra, que destinaban

los grandes visires, en caso de incendio, de asilo y depósito á sus familias y tesoros. Dicha torre, con varios pisos á prueba de bomba, comunicaba con el palacio por medio de un pasadizo de mampostería y tenia muchas puertas de hierro que las llamas no podian destruir ni las balas atravesar. Solo la artillería podia abrir una brecha en aquella fortaleza de granito.

Bien sea que Baraiktar temiese algunas veces que la insurreccion asaltase su palacio, y que tuviera por consecuencia las llaves de aquel edificio abandonado, bien que un instinto natural y pronto le revelase aquella torre como su único refugio, corrió á ella con su favorita y el eunuco confidente de su ambicion, tesoros y amores, llevándose armas, víveres y sus mas preciosas joyas. Ningun alma viviente le vió entrar, y cerrando con los cerrojos las tres puertas de hierro que defendian cada piso, subió con la jóven albanesa y el negro, unidos á su suerte, á la habitacion mas elevada de la torre.

Lo que sucedió en aquel refugio durante los tres dias con tres noches que las llamas le rodearon, es un misterio que ninguna lengua ha revelado. Los escritos de los agentes franceses no ofrecen en este punto mas que contradictorias conjeturas.

XLII

El palacio del aga de los genizaros y el campamento principal de la numerosa milicia que puebla la Propóntide, especie de Stamboul comprendido entre las antiguas murallas de los griegos y Santa Sofia, el viejo serrallo reconstruido hoy y habitado por el seraskier ó generalísimo de las tropas, las calles, bazares, mezquitas de Stamboul, los barrios populosos de Aioub, los alrededores del serrallo, en una palabra, todo el antiguo Constantinopla, estaban en armas ó fuego, en poder de los genizaros y de sus adeptos. Ninguno, al parecer, intentaria oponerse á una revolucion tan generosa, irresistible, y sin embargo dos hombres lo hicieron, probando así que el bajá de Rustschuk habia juzgado bien el carácter y fidelidad de los dos apoyos que habia elegido para aquellos peligros. Hablamos del capitán-bajá Ramis y del general de las tropas regulares de Asia acampados en Scutari, el valiente y obstinado Cadi-Bajá, á los cuales secundaron el comandante general de artillería, y el general de los seymen de Levend-Chi-

fik. Si estos cuatro jefes, que conservaron toda su serenidad y la disciplina de sus tropas, hubieran tenido á su cabeza al gran visir, prisionero entónces del incendio, es indubable que, vencedor Baraiktar, pasado el primer momento de sorpresa, hubiera terminado aquel dia una milicia que pereció diez y seis años despues, habiendo causado, con sus agitaciones y cobardía, el desmembramiento del imperio. La embriaguez, el amor y el sueño lo perdieron todo.

XLIII

Ramis-Bajá vivia en el arsenal, separado del barrio de Aioub, de la ciudad y serrallo por el golfo de mar que forma el puerto, y penetra estrechándose y muriendo entre dos colinas cubiertas de barrios agitados en el vallecillo de las Aguas Dulces de Europa. Desde sus ventanas veia los progresos de la insurreccion por los progresos del incendio y los gritos de los combatientes; los silbidos y resplandores de las llamas llegaban hasta allí, reflejadas por las olas del Cuerno de Oro y repercutadas por ambas orillas. Varios mensajeros desapercibidos tomaron caiques y

fuieron bajo los tiros enemigos á anunciarle que el gran visir estaba cercado en su palacio por todas partes y sin defensa, y que nada podia hacer por sí mismo. Ignoraba pues si habia perecido en las llamas, ó si, logrando escaparse con un disfraz cualquiera ó con las armas en la mano, habia ido á los cuarteles de Daoud-Bajá, en el camino de Andrinópolis, para reunir un puñado de sus albaneses y búlgaros á fin de volver á salvar por segunda vez á su sultan. Un barrio turco, tambien muy poblado, y un vasto campo de muertos sembrado de cipreses, dominaban el arsenal rodeando con amenazas y peligros al intrépido subalterno del gran visir. Mandando pues cerrar las avenidas del arsenal, llamó á sus soldados de marina á las armas y á sus oficiales á consejo. Jóven, lleno de ardor é inteligencia á la vez, teniendo entre sus marineros, sus oficiales, su flota y hasta entre el pueblo del barrio, una autoridad de confianza y estimacion que no podia ménos de intimidar á la insurreccion en su presencia, arengó á sus cohortes, recordándoles el r speto que se debian á sí mismos, el desprecio que merecia el indigno nombre de soldados sediciosos, é hizoles jurar que, en medio de la incertidumbre y confusion de la otra orilla, no obedecerian mas que las órdenes directas del sultan. Llenas de orgullo sus tropas

por la confianza de su jefe y por su disciplina, juraron y cumplieron su juramento.

Ramis-Bajá envió un destacamento   Levend-Chiflik, cuartel situado encima de las colinas que dominan el arsenal, para ponerse en comunicacion con el cuerpo de los seymen regulares, y dirigió otro por su izquierda y muelles de Galata para comunicar con los artilleros fieles tambien del cuartel de Tofana, ocupando de este modo los tres puentes defendidos de todas las colinas y de toda la parte de la orilla que hace frente al serrallo y Stamboul.

Con una maniobra inteligente y osada tom  la ofensiva contra el foco de la sedicion. Mand    dos navios de la flota, armados y fondeados en el puerto, que dando la vuelta por la punta del serrallo, echasen el  ncora en el Propóntide, enfrente del cuartel de los genizaros, foco de la sedicion, y que destruyesen el palacio del aga, el barrio, cuarteles y reservas de los facciosos acampados en la plaza. Expidió otra chalupa   Cadí-Baj , acampado en Calcedonia con sus cuatro mil asiaticos regulares, disponiendo que marchase sobre el barrio de Scutari, barrio de Asia que est  frente por frente de los jardines del gran-señor, dejase all  dos mil hombres para contener aquel pueblo, el mas fanático y turbulento de todos, y embarcándose con los otros dos mil, atrave-

sase el brazo de mar y penetrase en los jardines del serrallo para defender con aquel refuerzo hasta la muerte la habitacion y libertad del sultan.

Una vez tomadas tan buenas y oportunas disposiciones, Ramis envió algunas descubiertas por el vallecillo de las Aguas Dulces á los caminos de Andrinópolis, con orden de matar á todos los genizaros que se dirigiesen á la ciudad para reforzar sus cohortes, y de prohibir á todos los viajeros la entrada en Constantinopla. Dispersó además muchos agentes secretos y oradores públicos, ya en los grupos ya en los cafés, para generalizar el rumor de la evasión de Baraiktar, y de su próxima vuelta á la cabeza de su ejército, reunido extra-muros de la ciudad, con objeto de vengar su sorpresa y castigar á los sediciosos. Estas medidas, los cañones en el Propóntide, los barcos cargados de soldados que atravesaban el Cuerno de Oro para defender el serrallo, y los rumores que corrian de boca en boca intimidaron á la sedicion, y abandonada por muchos hombres del pueblo, quedaron reducidos los genizaros á su propia fuerza y al mas abyecto populacho reclutado en medio del pillage en los mas inmundos barrios de Constantinopla.

¡Qué no hubiera hecho en aquel momento la aparicion de Baraiktar, si las llamas le hubieran abierto

un camino hasta Ramis! Los imanes se retiraban ya de sus sediciosas cátedras y los ulemas volvian á sus casas afectando una prudente neutralidad. El aga y los oficiales de los genizaros, que no habian obedecido á sus tropas mas que por no poder resistirles, se declaraban perdidos y se preparaban al suplicio. Respecto al pueblo creyendo en la evasión de Baraiktar y en su vuelta á la cabeza de los albaneses, corria á las puertas y murallas para defenderlas, mas las balas de los dos navíos que atronaban hacia dos dias el barrio del aga, barrian en algunos segundos las calles y plazas inmediatas al Propóntide. Las murallas del serrallo estaban defendidas por los pajes, los bostandjis y los soldados de Calcedonia, que habia introducido Cadi-Bajá en los jardines; todos los grupos de insurrectos ó genizaros que osaban presentarse llenaban al momento con sus cadáveres las calles, las plazas ó el mar. Solo el fuego, propagándose de casa en casa y de calle en calle, combatia por los insurrectos. Tal era el estado de la ciudad al concluir el segundo dia de la revolucion, pero Baraiktar no parecia.

XLIV

Entremos en el serrallo y leamos en el alma de Mahmoud.

Aquel jóven príncipe, instruido por el cautiverio y el estudio, lleno de ardor, pero contenido por la modestia de su edad, estaba combatido por dos sentimientos contrarios. Inutilizado, humillado y aun amenazado algunas veces por la dura tutela de un soldado, mas fiel que cortesano, hubiérase visto con secreta satisfaccion libre por el amor de su pueblo de un visir que comenzaba á exasperarle. Generoso, leal y reconocido, no olvidaba que todo lo debía al visir; no podia abandonarle, avergonzándole la idea sola de venderle en un momento en que combatia ó moria por la independenciam de su trono.

Por otra parte la sombra de Selim III le señalaba el triunfo de los genizaros como el prelude de la esclavitud del serrallo, del cautiverio, destronamiento y muerte de los príncipes, de la anarquía de la capital, de la decadencia del imperio. Todos estos recuerdos, sentimientos, previsiones le irritaban con-

tra ellos, temiendo que su triunfo fuese la señal de su deposicion, encierro y muerte y de una segunda coronacion de su hermano Mustafá IV. Conocía además la crueldad y sanguinarios sentimientos de su hermano, que asesinó á Selim por precaucion y podia asesinarle por venganza. Su suerte flotaba en medio de una tempestad de pensamientos, esperanzas y terrores que se disputaban el alma de un niño. Es la hora en que la voz de las mujeres, madres, favoritas, eunucos, esclavos, consejeros funestos de deplorables resoluciones, preparan páginas nefastas á la historia de los pueblos y eternos remordimientos á los soberanos.

XLV

Reforzado el sultan en su recinto por los dos mil hombres de Cadí-Bajá y el cuerpo entero de los seymen, que Ramis envió para proteger el serrallo, é inspirándose en la esperiencia y energía de Cadí, formó su ejército al abrigo de sus murallas, preparándose bien á defenderlas, bien á abandonarlas se-